

Arthur Rimbaud



Una temporada en el infierno

/

Iluminaciones

Arthur Rimbaud

Jean Nicolás Arthur Rimbaud, nació en Charleville, Francia, el 20 de octubre de 1854. Fue un poeta francés de gran influencia. Empezó a escribir en su niñez. En 1870 es publicado por primera uno de sus poemas titulado *Los aguinaldos de los huérfanos*. En este mismo año, el joven Arthur, con apenas 15 años de edad, huye de su casa con intenciones de llegar a Francia, viendo truncados sus sueños de escape por falta de dinero, es atrapado y devuelto a su hogar.

Sin embargo ese tesón y persistencia lo lleva a conocer a grandes figuras literarias de la época, quienes aprecian y reconocen su talento. Por varios años vivió con el poeta Verlaine, quien lo acogió en su casa en París y con quien, tiempo más adelante, tendría una relación amorosa tormentosa. La única obra que publicaría él mismo, *Una temporada en el infierno*, es reconocida como una de las obras que iniciarían el simbolismo moderno.

Luego de vivir viajando, haberse convertido en mercader, regresa enfermo a Francia en 1891. Donde luego de seis meses fallece cuando tenía aun treinta y siete años de edad.

Arthur rimbaud

Una temporada en el infierno
/
Iluminaciones



Una temporada en el infierno / Iluminaciones
Arthur Rimbaud

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

Una temporada en el infierno

Una temporada en el infierno

* * * *

«Antes, si mal no recuerdo, mi vida era un festín donde se abrían todos los corazones, donde todos los vinos corrían. Una noche, me senté a la Belleza en las rodillas. Y la hallé amarga. Y la insulté. Me armé contra la justicia. Me escapé. ¡Oh bujas, oh miseria, oh odio! ¡A ustedes se confió mi tesoro! Logré que se desvaneciera en mi espíritu toda la esperanza humana. Contra toda alegría, para estrangularla, di el salto sin ruido del animal feroz. Llamé a los verdugos para, mientras perecía, morder las culatas de sus fusiles. Llamé a las plagas para ahogarme en la arena, la sangre. La desgracia fue mi dios. Me tendí en el lodo. Me sequé al aire del crimen. Y le hice muy malas pasadas a la locura. Y la primavera me trajo la horrorosa risa del idiota. Habiendo estado hace muy poco a punto de soltar el último ¡cuac!, se me ocurrió buscar la clave del festín antiguo, donde había tal vez de recobrar el apetito. La caridad es la clave. ¡Esta inspiración demuestra que soñé! «Seguirás siendo hiena, etc.», exclama el demonio que me coronó de tan amables adormideras. «Gana la muerte con todos tus apetitos, y tu egoísmo y todos los pecados capitales.» ¡Ah! Ya aguanté demasiado.

Pero, querido Satán, te lo suplico, ¡menos irritación en la pupila! Y mientras llegan las pequeñas cobardías rezagadas, tú que aprecias en el escritor la carencia de facultades descriptivas o instructivas, te arranco unos cuantos asquerosos pliegos de mi cuaderno de condenado.

Mala sangre

*****

Tengo de mis antepasados galos el ojo azul pálido, el cerebro estrecho y la torpeza en la lucha. Hallo mi vestimenta tan bárbara como la suya. Pero yo no me unto la cabellera con manteca. Los galos eran los desolladores de animales, los quemadores de hierba más ineptos de su tiempo. De ellos tengo: la idolatría y el amor al sacrilegio; ¡oh! todos los vicios, cólera, lujuria magnífica, la lujuria; en especial, mentira y pereza. Me espantan todos los oficios. Maestros y obreros, todos campesinos, innobles. La mano de pluma vale igual que la mano de arado.

¡Qué siglo de manos! Nunca tendré mi mano. Luego, la domesticidad conduce demasiado lejos. La honradez de la mendicidad me desconsuela. Los criminales repugnan como castrados: yo estoy intacto, y me da lo mismo. Pero, ¿quién me hizo tan pérfida la lengua, que hasta aquí haya guiado, salvaguardándola, mi pereza? Sin servirme para vivir ni siquiera del cuerpo, y más ocioso que el sapo, he vivido por todas partes. No hay familia de Europa que yo no conozca. Me refiero a familias como la mía, que se lo deben todo a la Declaración de Derechos del Hombre. ¡He conocido a todos los niños bien!

¡Si tuviese yo antecedentes en un punto cualquiera de la historia de Francia! Pero no, nada. Me es evidentísimo que siempre he sido de raza inferior. No logro comprender la rebeldía. Mi raza nunca se levantó más que para el pillaje: así los lobos con el animal que no mataron ellos. Recuerdo la historia de la Francia hija primogénita de la Iglesia. Habría hecho, villano, el viaje a tierra santa; tengo en la cabeza caminos por las llanuras suabas, vistas de Bizancio, murallas de Solima; el culto de María, el enternecimiento por el crucificado, se despiertan en mí entre mil hechicerías profanas. Estoy sentado, leproso, en los cacharros rotos y las ortigas, al pie de un muro roído por el sol. Más tarde, reitre, habría vivaqueado bajo las noches de Alemania. ¡Ah! Algo más: bailo el aquelarre en un rojo calvero, con viejas y con niños. No recuerdo más lejos que esta tierra y el cristianismo. Nunca me terminaría de ver en ese pasado. Pero siempre solo, sin familia; incluso ¿qué lengua hablaba? No me veo jamás en los consejos de Cristo; ni en los consejos de los señores, representantes de Cristo. ¡Oh la ciencia! Lo hemos recuperado todo. Para el cuerpo y para el alma, el viático, tenemos la medicina y la filosofía, los remedios caseros y las canciones populares arregladas. ¡Y las diversiones de los príncipes, y los juegos que éstos prohibían! ¡Geografía, Cosmografía, Mecánica, Química!... ¡La Ciencia, la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo avanza! ¿Por qué no va a dar vueltas? Es la visión de los números. Vamos

hacia el Espíritu. Es segurísimo, es oráculo, esto que os digo. Comprendo y, como no sé explicarme sin palabras paganas, querría callarme.

*****

¡Vuelve la sangre pagana! El Espíritu está cerca: ¿por qué no me ayuda Cristo, dando a mi alma nobleza y libertad? ¡Ay! ¡El Evangelio pasó! ¡El Evangelio! Estoy esperando a Dios con glotonería. Soy de raza inferior desde la eternidad. Heme en la playa armoricana. Que las ciudades se enciendan al atardecer. Mi jornada está hecha; dejo Europa. El aire del mar me quemará los pulmones, los climas perdidos me curtirán. Nadar, desmenuzar la hierba, cazar, sobre todo fumar; beber licores fuertes como metal hirviendo, como hacían los queridos antepasados alrededor de las fogatas. Volveré, con miembros de hierro, con la piel oscura, los ojos enfurecidos: por mi máscara, me juzgarán de una raza fuerte. Tendré oro: seré ocioso y brutal. Las mujeres cuidan de estos feroces enfermos cuando regresan de los países cálidos.

Me veré mezclado en asuntos políticos. Salvado. Ahora estoy maldito, tengo horror a la patria. Lo mejor es un sueño muy borracho, en la playa.

*****

No hay partida. Reanudemos los caminos de aquí, cargado de mi vicio, el vicio que ha hundido sus raíces de sufrimiento a mi lado, desde la edad del juicio que asciende al cielo, me golpea, me tira, me arrastra.

La última inocencia y la última timidez. Está dicho. No traer al mundo ni mis repugnancias ni mis traiciones.

¡Adelante! La marcha, la carga, el desierto, el aburrimiento y la cólera.

¿A quién alquilarme? ¿Qué alimaña hay que adorar? ¿Qué santa imagen atacamos? ¿Qué corazones romperé? ¿Qué mentira debo sostener? ¿Qué sangre pisotear? Mejor, guardarse de la injusticia. La vida dura, el embrutecimiento simple, alzar, con el puño descarnado, la tapa del ataúd, incorporarse, asfixiarse. Así, ninguna vejez, ningún peligro: el terror no es francés.

¡Ah! Estoy tan desesperado, que a cualquier imagen divina ofrezco impulsos hacia la perfección.
¡Oh mi abnegación, oh mi caridad maravillosa!
¡Aquí abajo, no obstante!
De profundis, Domine, ¡seré tonto!

*****

Ya desde muy niño admiraba al forzado irreductible tras el cual se cierran siempre las puertas de la prisión; visitaba los albergues y los alojamientos que él podía haber consagrado con su estancia; veía con su idea el cielo azul y el trabajo florido del campo, olfateaba su fatalidad en las ciudades. Tenía más fuerza que un santo, más sentido común que un viajero y él ¡él solo! era testigo de su gloria y de su razón.

Por los caminos, en noches de invierno, sin cobijo, sin ropa, sin pan, una voz me atenazaba el corazón helado: «Debilidad o fuerza; ya está: es la fuerza. No sabes ni adónde ni por qué vas; entra en todas partes, contesta a todo. No te matarán más que si fueras cadáver». Por la mañana, tenía la mirada tan perdida y la compostura tan muerta, que quienes me encontré quizá no me vieran. En las ciudades el fango se me aparecía súbitamente rojo y negro, como un espejo cuando la lámpara deambula por la habitación contigua, ¡como un tesoro en el bosque! Buena suerte, gritaba yo, y veía un mar de llamas y de humo en el cielo; y, a izquierda, a derecha, todas las riquezas, llameando como millones de truenos. Pero la orgía y la camaradería de las mujeres me estaban prohibidas. Ni siquiera un compañero. Me veía ante una multitud exasperada, delante del pelotón

de ejecución, llorando la desgracia de que no hubieran podido comprender, y perdonando. ¡Igual que Juana de Arco! «Sacerdotes, profesores, maestros, se equivocan al entregarme a la justicia. Yo nunca formé parte de este pueblo, yo nunca fui cristiano; soy de la raza que cantaba en el suplicio; no comprendo las leyes; no tengo sentido moral, soy un bruto, se equivocan…» Sí, tengo los ojos cerrados a su luz. Soy una alimaña, un negro. Pero puedo salvarme. Ustedes son falsos negros, ustedes maniáticos, feroces, avaros. Mercader, tú eres negro; general, tú eres negro; emperador, vieja comezón, tú eres negro: has bebido un licor libre de impuestos, de la fábrica de Satán.

Este pueblo está inspirado por la fiebre y el cáncer. Los tullidos y los viejos son tan respetables, que solicitan ser hervidos. Lo más astuto es abandonar este continente donde la locura anda al acecho, para proveer de rehenes a estos miserables. Entre en el verdadero reino de los hijos de Cam.

¿Sigo conociendo la naturaleza? ¿Me conozco? No más palabras. Amortajo a los muertos en mi vientre. Gritos, tambor, danza, danza, danza, ¡danza! Ni siquiera veo la hora en que, al desembarcar los blancos, caeré en la nada.

Hambre, sed, gritos, danza, danza, danza, ¡danza!

*****

Los blancos desembarcan. ¡El cañón! Hay que someterse al bautismo, vestirse, trabajar. He recibido en el corazón el golpe de gracia. ¡Ah! ¡No lo tenía previsto! No he hecho mal alguno. Los días van a serme leves, se me ahorrará el arrepentimiento. No habré conocido los tormentos del alma casi muerta para el bien, donde se alza la luz tan severa como los cirios funerarios. El destino del niño bien: ataúd prematuro, cubierto de límpidas lágrimas. Sin duda que el desenfreno es tonto, que el vicio es tonto; hay que arrojar la podredumbre aparte. ¡Pero el reloj no habrá llegado a no dar ya sino la hora del puro dolor! ¿Van a secuestrarme, como a un niño, para jugar en el paraíso, olvidado de toda desgracia? ¡Rápido! ¿Hay otras vidas? Dormir en la riqueza es imposible. La riqueza siempre ha sido bien público. Solo el amor divino otorga las llaves de la ciencia. Veo que la naturaleza no es sino un espectáculo de bondad. Adiós, quimeras, ideales, errores. El canto razonable de los ángeles se eleva del navío salvador; es al amor divino.

¡Dos amores! Puedo morir de amor terrenal, morir de entrega.

¡He dejado almas cuyo dolor aumentará con mi partida! Me escoges entre los náufragos; quienes se quedan, ¿no

son acaso amigos míos? ¡Salvenlos! La razón me ha nacido. El mundo es bueno. Bendeciré la vida. Amaré a mis hermanos. Ya no son promesas de niño. Ni la esperanza de eludir la vejez y la muerte. Dios es mi fuerza, y yo alabo a Dios.

*****

El aburrimiento ya no es mi amor. Las rabias, los desenfrenos, la locura, cuyos impulsos todos, cuyos desastres conozco, toda mi carga está depositada. Valoremos sin vértigo el alcance de mi inocencia. Ya no sería capaz de solicitar el consuelo de una paliza. No me creo embarcado hacia una boda con Jesucristo por suegro. No soy prisionero de mi razón. He dicho: Dios. Quiero la libertad dentro de la salvación: ¿cómo perseguirla? Los gustos frívolos me han abandonado. Ya no hay necesidad de entrega ni de amor divino. No añoro el siglo de los corazones sensibles. Cada cual tiene su razón, desprecio y caridad: yo conservo mi puesto en lo alto de la angélica escala del sentido común. En cuanto a la felicidad establecida, doméstica o no… no, no la quiero. Me disipo demasiado, soy demasiado débil. La vida florece por el trabajo, vieja verdad; pero mi vida no pesa lo suficiente, se eleva y flota muy por encima de la acción, ese querido lugar del mundo. ¡Qué solterona me estoy volviendo, por falta de valor para amar a la

muerte! Si Dios me concediera la calma celestial, aérea, la plegaria, como a los antiguos santos. ¡Los santos! ¡Gente fuerte! ¡Los anacoretas! ¡Unos artistas como ya no hacen falta! ¡Farsa continua! Mi inocencia me haría llorar. La vida es la farsa a sostener entre todos.

*****

¡Basta! Llega el castigo.

¡Adelante! ¡Ah! ¡Los pulmones arden, las sienes braman! ¡La noche me da vueltas en los ojos, con ese sol! El corazón… Los miembros…

¿A dónde vamos? ¿Al combate? ¡Soy débil! Los demás avanzan. Los aperos, las armas… ¡el tiempo!… ¡Fuego! ¡Fuego contra mí! ¡Aquí! O me rindo. ¡Cobardes! ¡Me mato! ¡Me arrojo a los cascos de los caballos!

¡Ah!…

Ya me acostumbraré. ¡Sería la vida francesa, el sendero del honor!

Noche del Infierno

Me ha tragado una buena buchada de veneno. ¡Bendito sea tres veces el consejo que me llegó! Las entrañas me arden. La violencia del veneno me retuerce los nervios, me hace deforme, me arroja al suelo. Me muero de sed, me ahogo, no puedo gritar. ¡Es el infierno, la pena eterna! ¡Ved cómo se reavivan las llamas! ¡Ardo como es debido! ¡Venga, demonio! Había entrevisto la conversión al bien y a la felicidad, la salvación. Podía describir la visión, ¡pero el aire del infierno no soporta los himnos! Eran millones de criaturas encantadoras, un suave concierto espiritual, la fuerza y la paz, las nobles acciones, ¿qué sé yo? ¡Las nobles ambiciones! ¡Y sigue siendo vida! ¡Si la condenación es eterna! Todo hombre que desee mutilarse está ya condenado, ¿verdad? Me creo en el infierno, luego estoy en el infierno. Es el cumplimiento del catecismo. Soy esclavo de mi bautizo. Padres, habéis hecho mi desgracia y la vuestra. ¡Pobre inocente! El infierno no puede atacar a los paganos. ¡Sigue siendo vida! Más tarde, las delicias de la condenación serán más profundas. Un crimen, de prisa, para caer en la nada, por la ley de los hombres. ¡Calla, calla de una vez!… Éste es lugar de vergüenza, de reproche: Satán diciendo que el fuego es innoble, que mi cólera es espantosamente tonta.

¡Basta!… Errores que alguien me sopla, magia, perfumes falsos, músicas pueriles. Y decir que poseo la verdad, que veo la justicia: tengo un discernimiento sano y firme, estoy listo para la perfección… Orgullo. Se me reseca la piel de la cabeza. ¡Piedad! Señor, tengo miedo. Tengo sed, ¡tanta sed! ¡Ah! La niñez, la hierba, la lluvia, el lago sobre las piedras, el claro de luna cuando el campanario daba las doce… El diablo está en el campanario, a tal hora. ¡María! ¡Virgen Santa!…

Horror de mi estupidez. ¿No son aquéllas almas buenas que me desean el bien?… Venid. Tengo una almohada tapándome la boca, no me oyen, son fantasmas. Por otra parte, nadie piensa nunca en los demás. Que nadie se acerque. Huelo a chamusquina, eso es seguro. Las alucinaciones son innumerables. Es eso lo que siempre he tenido: no ya fe en la historia, el olvido de los principios. Me lo callaré: poetas y visionarios se pondrían celosos. Soy mil veces el más rico, seamos avaros como el mar. ¡Qué cosas! El reloj de la vida se acaba de parar. Ya no estoy en el mundo. La tecnología es seria, el infierno está ciertamente abajo y el cielo arriba. Éxtasis, pesadilla, dormir en un nido de llamas. Cuánta maldad de observación hay en el campo… Satán, Ferdinando, corre con las semillas silvestres… Jesús anda sobre las zarzas de purpurina, sin inclinarlas… Jesús andaba sobre las aguas. La linterna nos los mostró de pie, blanco y con

trenzas oscuras, flanqueado por una ola esmeralda… Voy a desvelar todos los misterios: misterios religiosos o naturales, muerte, nacimiento, porvenir, pasado, cosmogonía, nada. Soy maestro en fantasmagorías.

¡Escuchad!… ¡Tengo todos los talentos! No hay nadie aquí, y hay alguien: no querría divulgar mi tesoro. ¿Alguien desea cánticos negros, danzas de huríes? ¿Alguien desea que desaparezca, que me zambulla en busca del anillo? ¿Alguien lo desea? Haré, con el oro, remedios. Confiad, pues, en mí: la fe conforta, guía, cura. Venid todos, hasta los niños, que yo os consuele, que os divulguemos su corazón, ¡el corazón maravilloso! ¡Pobres hombres, trabajadores! No pido oraciones; con vuestra confianza solamente me contentaré. Y pensemos en mí. Todo esto me hace añorar poco el mundo. Tengo la suerte de no sufrir más. Mi vida no fue más que locuras suaves, qué lamentable. ¡Bah! Hagamos todas las muecas concebibles. Decididamente, estamos fuera del mundo. Ningún sonido ya. Me ha desaparecido el tacto. ¡Ah! Mi castillo, mi Sajonia, mi bosque de sauces. Las tardes, las mañanas, las noches, los días… ¡Qué cansado estoy! Debería tener mi infierno por la cólera, mi infierno por el orgullo, y el infierno de la caricia; un concierto de infiernos. Me muero de cansancio. Es la tumba, voy hacia los gusanos, ¡horror de los horrores! Satán, farsante, quieres disolverme en tus encantos. ¡Exijo! ¡Exijo un golpe con la horquilla, una gota de fuego!

¡Ah! ¡Ascender de nuevo a la vida! Poner los ojos en nuestras deformidades. Y este veneno, ¡este beso mil veces maldito! ¡Mi debilidad, lo cruel de este mundo! ¡Dios mío, piedad, escondedme, me comporto demasiado mal! Estoy escondido y no lo estoy.

Es el fuego quien se reanima con su condenado.

Delirios I

Virgen necia

El Esposo Infernal

Oigamos la confesión de un compañero de infierno. «Oh divino Esposo, Dueño mío, no rechaces la confesión de la más triste de tus siervas. Estoy perdida. Estoy borracha. Estoy impura. ¡Qué vida!» Perdón, divino Señor, ¡perdón! ¡Ah! ¡Perdón! ¡Qué de lágrimas! ¡Y qué de lágrimas aún, más adelante, espero! «Más adelante ¡conoceré al divino Esposo! Nací sometida a Él. ¡Ya puede pegarme el otro ahora! ¡Oh amigas mías!… no, no amigas mías… Nunca delirios ni torturas semejantes… ¡Qué tontería!» ¡Ah! ¡Estoy sufriendo, grito! Estoy sufriendo de verdad. Todo, no obstante, me está permitido, cargada con el desprecio de los más despreciables corazones. «En fin, hagamos esta confidencia, aun a riesgo de tener que repetirla otras veinte veces, ¡igual de tétrica, igual de insignificante!» Soy esclava del Esposo infernal, del que perdió a las vírgenes necias. Es ése, y no otro demonio. No es ningún espectro, no es ningún fantasma. Pero a mí, que he perdido la prudencia, que estoy condenada y muerta para el mundo ¡nadie me matará!

¿Cómo describirlo? Ya ni siquiera sé hablar. Estoy de luto, lloro, tengo miedo. Un poco de frescor, señor, si no

te importa, ¡si te parece bien! Soy viuda… Era viuda… Sí, sí, antes era muy seria, ¡y no nací para acabar en esqueleto!…

Él era casi un niño… Me habían seducido sus misteriosas delicadezas. Olvidé todas mis obligaciones humanas para seguirlo. ¡Qué vida! La auténtica vida está ausente. No estamos en el mundo. Voy adonde él va, así ha de ser. Y a menudo se enfada conmigo, conmigo, pobre almita.

¡El demonio! Es un demonio, sabéis, no es un hombre. «Dice: "No me gustan las mujeres. Hay que volver a inventar el amor, ya se sabe. Las mujeres ya no alcanzan a desear más que una situación asegurada. Una vez ganada esta situación, el corazón y la belleza se dejan de lado; no queda sino frío desdén, alimento del matrimonio, hoy en día. O bien veo mujeres con las señales de la dicha; de ellas habría podido hacer buenas amigas, si no las hubiera devorado antes algún bruto con sensibilidad de hoguera"»

Y yo lo oigo cómo hace de la infamia gloria, de la crueldad encanto. "Soy de raza lejana: mis antepasados eran escandinavos: se perforaban las costillas, se bebían su propia sangre. Yo me haré cortaduras por todo el cuerpo, me tatuaré, quedaré más repugnante que un mongol; ya verás, aullaré por las calles. Quiero enloquecer de rabia,

por completo. Nunca me enseñes joyas, o me arrastraré y me revolcaré por las alfombras. Mi riqueza la quiero manchada de sangre, por todas partes. Jamás trabajaré…” Muchas noches, habiéndome poseído su demonio, ambos rodábamos por el suelo, ¡yo luchaba con él! Por las noches suele apostarse, borracho, en las calles o en las casas, para asustarme mortalmente.

“Me cortarán de veras el cuello; será asqueroso.” ¡Oh! ¡Esos días en que gusta de andar con un aire de crimen! «A veces habla, en una especie de jerga enternecida, de la muerte que obliga a arrepentirse, de los desdichados que ciertamente hay, de los trabajos fatigosos, de las separaciones que desgarran el corazón. En los tugurios donde nos emborrachábamos, lloraba al considerar a quienes nos rodeaban, rebaño de la miseria. Levantaba del suelo a los borrachos, en las calles negras. Sentía por los niños la compasión de una mala madre. Se marchaba con ternuras de niña de catequesis. Fingía estar al corriente de todo: comercio, arte, medicina. Yo lo seguía, ¡así ha de ser!» Veía todo el decorado de que, en espíritu, se rodeaba: vestiduras, paños, muebles; yo le prestaba armas, otro rostro. Veía todo aquello que lo emocionaba, tal como él habría querido crearlo para sí. Cuando me parecía tener el espíritu inerte, lo seguía, yo, en actos extraños y complicados, lejos, buenos o malos; estaba segura de que jamás penetraría en su mundo. Junto a

su amado cuerpo dormido, cuántas horas nocturnas he velado, preguntándome por qué desearía tanto evadirse de la realidad. Nunca hombre alguno formuló un voto semejante. Yo admitía, sin temer por él, que podía suponer un serio peligro dentro de la sociedad. ¿Tiene tal vez secretos para cambiar la vida? No, tan solo está buscándolos, me replicaba yo. Por último, su caridad está embrujada, y yo soy su prisionera. Ninguna otra alma tendría fuerza bastante ¡fuerza de la desesperación! para soportarla para ser protegida y amada por él. Por otra parte, no me lo figuraba con otra alma: se ve el Ángel propio, nunca el Ángel ajeno, me parece. Estaba yo en su alma como en un palacio que han vaciado para no ver a alguien tan poco noble como tú: eso es todo. ¡Ay! Dependía en mucho de él. Pero ¿qué quería de mi existencia apagada y cobarde? ¡No me hacía mejor, no haciéndome morir! Tristemente despechada, le dije a veces: "Te comprendo". Y él se encogía de hombros».Así, renovándose sin cesar mi sufrimiento, y hallándome más perdida a mis ojos, como a todos los ojos que habrían querido mirarme, si no hubiese estado condenada para siempre al olvido de todos, tenía cada vez más hambre de su bondad. Con sus besos y sus abrazos amigos, era en verdad el cielo, un cielo lóbrego, en el que entraba, en el que me habría gustado que me abandonase, pobre, sorda, muda, ciega. Me iba ya acostumbrando. Veía en nosotros dos niños buenos, con permiso para pasearse

por el Paraíso de la tristeza. Nos concertábamos. Muy conmovidos, trabajábamos juntos. Pero, tras una penetrante caricia, él decía: "¡Qué divertido te parecerá, cuando yo ya no esté, esto por lo que has pasado! Cuando no tengas ya mis brazos bajo el cuello, ni mi corazón para en él descansar, ni esta boca en tus ojos. Pues habré de marcharme, muy lejos, un día. Además, he de ayudar a otros, es mi deber. Aunque no resulte muy deleitable…, alma querida…" De inmediato me representaba a mí misma, habiéndose marchado él, presa del vértigo, precipitada en la más espantable de las sombras: en la muerte. Le hacía prometer que no me abandonaría. Veinte veces la hizo, tal promesa de amante. Era tan frívolo como yo al decirle: "Te comprendo." »¡Ah! Nunca he sentido celos por su causa. No va a abandonarme, me parece. ¿Qué sería de él? No tiene conocimiento alguno, nunca trabajará. Quiere vivir sonámbulo. Su bondad y su caridad, por sí solas, ¿le darán derechos en el mundo real? A ratos, olvido la piedad en que he caído: él me hará fuerte, viajaremos, cazaremos en los desiertos, dormiremos en las calles empedradas de ciudades desconocidas, sin cuidados, sin sufrimientos. O me despertaré, y las leyes y las costumbres habrán cambiado gracias a su poder mágico, el mundo, siendo el mismo, me dejará con mis deseos, mis alegrías, mis despreocupaciones. ¡Oh! La vida aventurera existente en los libros infantiles, en recompensa, porque he sufrido tanto, ¿me la regalarás tú?

No puede. Ignoro su ideal. Me ha dicho que tiene pesares, esperanzas: cosas que al parecer no me conciernen. ¿Es a Dios a quien habla? Tal vez debería yo dirigirme a Dios. Estoy en lo más profundo del abismo, y ya no sé rezar. ¿Ves a ese joven elegante que entra en la mansión bella y tranquila? Se llama Duval, Dufour, Armand, Maurice, qué sé yo. Una mujer se ofrendó a la tarea de amar a ese perverso idiota: está muerta, es sin duda una santa del cielo, ahora. Tú me harás morir como él hizo morir a esa mujer. Tal es nuestro destino, el de nosotros, los corazones caritativos…” ¡Ay! Había días en que todos los hombres, al actuar, le parecían juguete de delirios grotescos: reía espantosamente, largo rato. Luego volvía a sus maneras de madre joven, de hermana amada. Si fuera menos salvaje, ¡estaríamos salvados! Mas también su dulzura es mortal. Le estoy sometida. ¡Ah! ¡Soy necia! «Un día tal vez desaparezca maravillosamente; pero tengo que saberlo, si ha de subir a un cielo, ¡quiero ver con mis ojos la asunción de mi amiguito!» ¡Qué pareja!

Delirios II

Alquimia del verbo

A mí. La historia de una de mis locuras. Llevaba largo tiempo alardeando de poseer todos los paisajes posibles y encontrando irrisorias todas las celebridades de la pintura y de la poesía moderna. Me gustaban las pinturas idiotas, dinteles, decorados, telones de saltimbancos, emblemas, estampas populares; la literatura pasada de moda, latín de iglesia, libros eróticos sin ortografía, novelas de nuestras abuelas, cuentos de hadas, libritos infantiles, óperas viejas, estribillos bobos, ritmos ingeniosos. Soñaba cruzadas, viajes de exploración cuyo relato no tenemos, repúblicas sin historia, guerras de religión sofocadas, revoluciones de costumbres, desplazamientos de razas y continentes: creía en todos los encantamientos. ¡Inventé el color de las vocales! A, negra; E, blanca; I, roja; O, azul; U, verde. Ajusté la forma y el movimiento de cada consonante y, con ritmos instintivos, me precié de inventar un verbo poético accesible, algún día, a todos los sentidos. Me reservaba la traducción. Fue al principio un estudio. Escribía silencios, noches, acotaba lo inexpresable. Fijaba vértigos. Lejos de los pájaros, de los rebaños, de las aldeanas, ¿qué bebía yo, de rodillas

en el brezal rodeado de tiernos bosques de avellanos, en una neblina de tarde fría y verde? ¿Qué podía beber, en este joven Oise, ¡olmos sin voz, césped sin flores, cielo cubierto! beber de los odres amarillos, lejos de mi choza querida? Algún licor sudorífico. Yo era un equívoco letrero de albergue. Una tempestad vino a ahuyentar el cielo. Al atardecer el agua de los bosques se perdía en las arenas vírgenes, el viento de Dios arrojaba carámbanos en las charcas; llorando, veía oro y no pude beber.

A las cuatro de la mañana, en verano, el dormir del amor dura aún. Bajo los sotos se evapora el olor de la noche festejada. Allá, en su vasto taller, al sol de las Hespérides, ya se agitan en mangas de camisa los Carpinteros. En sus Desiertos de musgo, tranquilos, preparan los artesonados preciosos donde la ciudad pintará falsos cielos. Para los obreros encantadores vasallos de un rey de Babilonia, ¡Venus, deja un momento a los Amantes con el alma en corona! ¡Oh Reina de los Pastores! Lleva a los trabajadores el aguardiente, que sus fuerzas estén en paz en espera del baño de mar de las doce.

La antigualla poética tenía gran importancia en mi alquimia del verbo. Me acostumbré a la alucinación sencilla: veía muy abiertamente una mezquita en lugar de una fábrica, una escolanía de tambores integrada por ángeles, calesas en los caminos del cielo, un salón en el fondo de un lago; los monstruos, los misterios; un título

de vaudeville hacía que ante mí se alzaran espantos. ¡Luego expliqué mis sofismas mágicos con la alucinación de las palabras! Acabé por encontrar sagrado el desorden de mi espíritu. Estaba ocioso, presa de pesada fiebre: envidiaba la beatitud de los animales, las orugas, que representan la inocencia de los limbos, los topos, ¡el sueño de la virginidad! Se me agriaba el carácter.

Decía adiós al mundo de una especie de romances:

Canción Desde La Torre Más Alta

Que venga ya, que venga
el tiempo que enamore.
Tuve tanta paciencia,
que para siempre olvido;
miradas y sufrimientos
al cielo se marcharon.
Y la sed malsana
me oscurece las venas.
Que venga ya, que venga
el tiempo que enamore.
Igual la pradera
al olvido entregada,
agradada y florida
de incienso y cizaña,
ante el hosco zumbido
de las sucias moscas.

Que venga ya, que venga
el tiempo que enamore.

Amé el desierto, los vergeles calcinados, las tiendas mustias, las bebidas entibiadas. Me arrastraba por las callejas malolientes y, con los ojos cerrados, me ofrecía al sol, dios del fuego.

«General, si todavía asoma un viejo cañón por tus murallas en ruinas, bombardéanos con bloques de tierra seca. ¡A las vidrieras de los espléndidos almacenes! ¡A los salones! Haz que la ciudad se trague su propio polvo. Oxida las atarjeas. Llena los camarines de arenilla de rubí ardiente…»

¡Oh! ¡El insecto beodo en el meadero del albergue, enamorado de la borraja, y que un rayo disuelve!

Hambre

Si a algo tengo afición, no será más
que a la tierra y a las piedras.
Yo siempre almuerzo aire,
roca, carbones, hierro.
Hambres mías, giren. Pastar, hambres,
del prado de los sonidos.
Atraigan el alegre veneno
de las corregüelas.
Coman los guijarros que otros rompen,

las viejas piedras de iglesia;
los cantos rodados de los viejos diluvios,
panes sembrados en los valles grises.

*****

El lobo gritaba bajo las hojas
escupiendo las bellas plumas
de su yantar de corral:
como él yo me consumo.
Las verduras, las frutas
solo aguardan la cosecha;
pero la araña del seto
no come más que violetas.
¡Que duerma ya!
Que hierva en los altares de Salomón.
El caldo fluye sobre la herrumbre,
y se mezcla con el Cedrón.

Por último, oh felicidad, oh razón, separé del cielo el azul, que es negro, y viví, centella dorada de la luz natural. En mi alegría, adopté las expresiones más bufas y más extraviadas que pude hallar.

¡Ha vuelto a aparecer!
—¿Qué? — ¡La eternidad!
Es el mar mezclado
con el sol.

Eterna alma mía,
observo tu voto
a pesar de la noche sola
y del día en llamas.
¡Así, pues, te desprendes
de los humanos sufragios,
de los comunes impulsos!
Vuelas según…
Nunca la esperanza,
ningún orietur.
Ciencia y paciencia,
el suplicio es seguro.
No queda mañana,
brasas de satén,
vuestro ardor es el deber.

¡Ha vuelto a aparecer!
¿Qué? ¡La Eternidad!
Es el mar mezclado con el sol.

*****

Me convertí en una ópera fabulosa: vi que todos los seres tienen una fatalidad de dicha: la acción no es la vida, sino una manera de echar a perder cierta fuerza: un enervamiento. La moral es la debilidad del cerebro. Pensaba que a cada ser se le debía otras muchas

existencias. Ese señor no sabe lo que hace: es un ángel. Esa familia es una camada de perros. Ante muchos hombres, charlé en voz alta con un momento de sus otras vidas. Así, amé a un cerdo. Ninguno de los sofismas de la locura, la locura de atar dejé en el olvido: podría decirlos todos otra vez, porque conservo el método. Mi salud se vio amenazada. El terror se acercaba. Caía en sueños de muchos días y, levantado, continuaba los sueños más tristes. Estaba maduro para el fin, y por un camino de peligros mi debilidad me conducía a los confines del mundo y de Cimeria, patria de la sombra y de los torbellinos. Tuve que viajar, distraer los encantos congregados sobre mi cerebro. Del mar, al que amaba como si le hubiese tocado lavarme de alguna inmundicia, veía elevarse la cruz consoladora. Me había condenado el arco iris. La felicidad era mi fatalidad, mi remordimiento, mi gusano: mi vida sería siempre demasiado inmensa para consagrarla a la fuerza y a la belleza. ¡La felicidad! Su sabor, en que la muerte se complace, me avisaba al cantar el gallo, *ad matutinum*, en *el Christus venit*, en las ciudades más sombrías:

¡Oh estaciones, oh castillos!
¿Qué alma no tiene defecto!
He hecho el mágico estudio
de la felicidad, que nadie elude.
Salud a ti, cada vez

que canta el gallo galo.
¡Ah! No tendré más deseos:
él se ha hecho cargo de mi vida.
Este encanto ha tomado alma y cuerpo,
dispersando los esfuerzos.
¡Oh estaciones, oh castillos!
La hora de su huida, ¡ay!
será la de óbito.
¡Oh estaciones, oh castillos!
Pasó todo aquello.
Hoy sé saluda a la belleza.

El imposible ¡Ah! La vida de mi infancia, la carretera general en todo tiempo, sobrenaturalmente sobrio, más desinteresado que el mejor de los mendigos, orgulloso de no tener ni país ni amigos, qué tontería era. ¡Y hasta ahora no me he dado cuenta! Tuve razón cuando despreciaba a los individuos que no dejarían escapar la oportunidad de una caricia, parásitos de la limpieza y de la salud de nuestras mujeres, hoy que ellas están tan poco de acuerdo con nosotros.

Tuve razón en todos mis desdenes:
¡la prueba es que me evado!
¡Me evado!
Me explico.

Aún ayer, suspiraba: «¡Cielos! ¡No somos pocos los

condenados, aquí abajo! ¡Y cuánto tiempo lleva ya en sus filas! Los conozco a todos. Nos reconocemos siempre; nos damos asco. La claridad nos es desconocida. Pero somos corteses: nuestras relaciones con el mundo son muy correctas.» ¿Hay de qué sorprenderse? ¡El mundo, los mercaderes, los ingenuos! Nosotros no estamos deshonrados. Pero, ¿cómo nos recibirían los elegidos? Y hay gentes ariscas y alegres, falsos elegidos, puesto que necesitamos audacia o humildad para abordarlos. Son los únicos elegidos. ¡No prodigan sus bendiciones! Habiéndome encontrado dos perras de razón ¡poco van a durar! veo que mis desazones provienen de no haberme figurado antes que estamos en Occidente. ¡Las marismas occidentales! No es que considere la luz alterada, la forma agotada, el movimiento extraviado… ¡Bueno! He aquí que mi espíritu desea absolutamente hacerse cargo de todos los desenvolvimientos crueles que ha experimentado el espíritu desde el fin del Oriente… ¡Los quiere para sí, mi espíritu! … ¡Se acabaron mis dos perras de razón! El espíritu es autoridad, me manda estar en Occidente. Habría que hacerlo callar para concluir como yo querría. Enviaba al diablo las palmas de los mártires, los resplandores del arte, el orgullo de los inventores, el ardor de los saqueadores; regresaba al Oriente y a la sabiduría primordial y eterna. ¡Lo cual, al parecer, es un sueño de burda pereza! No obstante, apenas si me pasaba por la cabeza el placer de escapar

de los modernos sufrimientos. No tenía a la vista la bastarda sabiduría del Corán. Pero ¿no hay un suplicio real en el hecho de que, a partir de la declaración de la ciencia, del cristianismo, el hombre se interprete, se pruebe las evidencias, se engría con el placer de repetir las pruebas, y solo viva así? tortura sutil, boba; fuente de mis divagaciones espirituales. ¡La naturaleza podría aburrirse, tal vez! El señor Prudhomme nació con Cristo. ¡Será porque cultivamos la bruma! Comemos fiebre con nuestras legumbres aguadas. ¡Y la embriaguez! ¡Y el tabaco! ¡Y la ignorancia! ¡Y las entregas! ¿No queda todo ello bastante alejado del pensamiento de la sabiduría del Orienta, la patria primitiva? ¿Por qué un mundo moderno, si tales venenos se inventan? Las gentes de Iglesia dirán: Comprendido. A lo que usted se refiere es al Edén. No hay nada que le concierna en la historia de los pueblos orientales. Es verdad; ¡en el Edén pensaba! ¡Qué sueño ese, el de la pureza de las razas antiguas! Los filósofos: El mundo no tiene edad. La humanidad se desplaza, simplemente. Está usted en Occidente, pero nada le impide habitar su propio Oriente, tan antiguo como le haga falta, y habitarlo bien. No sea usted un derrotado. Filósofos, sois de vuestro Occidente. Espíritu mío, ten cuidado. Sin violentas posturas de salvación. ¡Ejercítate!

¡Ah! ¡La ciencia no va suficientemente de prisa para nosotros! Pero me doy cuenta de que mi espíritu está

durmiendo. Si se mantuviera siempre muy despierto, a partir de este momento, pronto estaríamos en la verdad, ¡que acaso nos rodee con sus ángeles llorando!… Si se hubiese mantenido despierto hasta ese momento, ¡sería por no haber cedido yo a los instintos deletéreos, en época inmemorial!… Si siempre se hubiera mantenido muy despierto, ¡yo navegaría ahora en la plena sabiduría!… ¡Oh pureza, pureza! ¡Es el minuto de vigilia quien me ha otorgado la contemplación de la pureza! ¡Por el espíritu se va hacia Dios! ¡Desgarrador infortunio!

El relámpago

¡El trabajo humano! Es la explosión que ilumina mi abismo de vez en cuando.

«Nada es vanidad; ¡a la ciencia, adelante!», grita el Eclesiastés moderno, es decir Todo el mundo. Y sin embargo los cadáveres de los malvados y de los holgazanes caen sobre el corazón de los demás… ¡Ah! De prisa, un poco de prisa; allí, más allá de la noche, las recompensas futuras, eternas… ¿las escapamos?…

¿Qué puedo hacer yo? Conozco el trabajo; y la ciencia es demasiado lenta. Que galope la plegaria y que ruja la luz… Lo veo bien. Es demasiado sencillo, y hace demasiado calor; se las compondrán sin mí. Tengo un deber, estaré orgulloso de él como muchos hacen, poniéndolo aparte. Mi vida está gastada. ¡Adelante! Finjamos, holgazaneemos, ¡oh piedad! Y existiremos divirtiéndonos, soñando amores monstruos y universos fantásticos, quejándonos y atacando las apariencias del mundo, saltimbanco, mendigo, artista, bandolero, ¡sacerdote! En mi cama de hospital, el olor a incienso me volvió con tanta intensidad; guardián de los aromas sagrados, confesor, mártir… Veo en esto mi sucia educación infantil. ¡Y qué!… Andar mis veinte años, si los demás los andan… ¡No! ¡No! ¡Ahora me rebelo

contra la muerte! El trabajo le parece demasiado ligero a mi orgullo: mi traición al mundo sería un suplicio demasiado corto. En el último momento, atacaría a diestra y siniestra. Entonces, ¡oh! pobre alma mía, ¡no tendríamos perdida la eternidad!

Mañana

¿No tuve una vez una juventud amable, heroica, fabulosa, digna de escribirse en hojas de oro? ¡Demasiada suerte! ¿Por qué crimen, por qué error, he merecido mi debilidad actual? Vosotros, quienes pretendéis que los animales sollocen de pena, que los enfermos se desesperen, que los cadáveres tengan malos sueños, tratad de contar mi caída y mi dormir. Yo ya no logro explicarme mejor que el mendigo con sus *Pater* y Ave Maria. ¡Ya no sé hablar!

Sin embargo, hoy, creo haber terminado la crónica de mi infierno. Era, en efecto, el infierno; el antiguo, aquel cuyas puertas abrió el hijo del hombre. Desde el mismo desierto, en la misma noche, siempre se despiertan mis ojos cansados bajo la estrella de plata, siempre, sin que se conmuevan los Reyes de la vida, los tres magos, el corazón, el alma, el espíritu.

¡Cuándo iremos más allá de las playas y de los montes, a saludar el nacimiento del trabajo nuevo, la sabiduría nueva, la huida de los tiranos y de los demonios, el fin de la superstición, a adorar ¡antes que nadie!

¡La Natividad en la tierra! ¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos: no maldigamos la vida.

Adiós

¡Otoño ya! Pero ¿por qué añorar un eterno sol, estando comprometidos en el descubrimiento de la claridad divina, lejos de las gentes que mueren con las estaciones? Otoño. Nuestra barca alzada en las brumas inmóviles gira hacia el puerto de la miseria, la ciudad enorme con el cielo manchado de fuego y de lodo. ¡Ah! ¡Los harapos podridos, el pan empapado de lluvia, la embriaguez, los mil amores que me crucificaron! ¡Nunca, pues, se acabará esta vampira reina de millones de almas y de cuerpos muertos y que han de ser juzgados! Me veo de nuevo con la piel roída por el fango y la peste, llenos de gusanos el pelo y las axilas y con gusanos todavía más gruesos en el corazón, tumbado entre los desconocidos sin edad, sin sentimientos… Habría podido morir allí… ¡Horrorosa evocación! Abomino de la miseria. ¡Y me asusta el invierno, porque es la estación de la comodidad!

A veces veo, en el cielo, playas sin fin, cubiertas de blancas naciones alegres. Un gran bajel de oro, por encima de mí, agita sus banderolas multicolores a las brisas de la mañana. He creado todas las fiestas, todos los triunfos, todos los dramas. He tratado de inventar nuevas flores, nuevos astros, nuevas carnes, nuevas lenguas. He creído adquirir poderes sobrenaturales. Pues bien, ¡tengo que enterrar mi imaginación y mis recuerdos! ¡Una hermosa

gloria de artista y narrador, echada a perder! ¡Yo! ¡Yo, que me dije mago o ángel, dispensado de toda moral, he sido devuelto al suelo, con un deber por encontrar y con la rugosa realidad por abrazar. ¡Campesino! ¿Me equivoco? ¿Será la caridad hermana de la muerte, para mí? En fin, pediré perdón por haberme alimentado de mentira. Y adelante. Pero ¡ni una sola mano amiga! Y ¿dónde hallar socorro?

*****

Sí, la hora nueva es por lo menos muy severa.

Porque puedo decir que la victoria me ha sido otorgada: el crujir de dientes, el chisporroteo del fuego, los suspiros apestados, van moderándose. Todos los recuerdos inmundos se borran. Mis últimas añoranzas levanta el vuelo, celos de los mendigos, de los bribones, de los amigos de la muerte, de los rezagados de toda índole. Condenados, ¡si yo me vengara! Hay que ser absolutamente moderno.

Sin cánticos: mantener el terreno ganado. ¡Dura noche! La sangre seca me humea en el rostro, y dentro de mí no tengo sino ese horrible arbolillo… El combate espiritual es tan brutal como la batalla de los hombres; pero la contemplación de la justicia es poder exclusivo de Dios.

Es, no obstante, la víspera. Acojamos todos los influjos de vigor y de ternura auténtica. Y cuando llegue la aurora, armados de una ardiente paciencia, entremos en las espléndidas ciudades.

¡Qué decía de mano amiga! Una buena ventaja es que puedo reírme de los viejos amores engañosos, y cubrir de bochorno a las parejas embusteras, he visto, allá abajo, el infierno de las mujeres; y me será lícito poseer la verdad en un alma y un cuerpo.

Abril-agosto, 1873.

Iluminaciones

Después del Diluvio

Tan pronto como la idea del Diluvio se vino abajo.

Una liebre se detuvo en los pipirigallos y las campanillas movedizas y dijo su plegaria al arco iris a través de la tela de araña.

¡Oh! Las piedras preciosas que se ocultaban, las flores que miraban ya.

En la ancha calle sucia los tenderetes se levantaron, y fueron arrastradas las barcas hacia el mar colocado allá arriba igual que en los grabados. La sangre corrió, en casa de Barbazul, en los mataderos, en los circos, donde el sello de Dios palidece las ventanas. La sangre y la leche corrieron.

Los castores edificaron. Los «mazagranes» humearon en los cafetines. En la casa de los cristales chorreantes aún los niños de luto miraron maravillosas imágenes.

Una puerta sonó, y en la plaza de la aldea, el niño volvió los brazos, comprendido por las veletas y los gallos de campanario de todos sitios, bajo el clamoroso chaparrón. Madame *** estableció un piano en los Alpes. Misa y primeras comuniones se celebraron en los cien mil altares de la catedral.

Desde entonces, la luna escuchó a los chacales que piaban por los desiertos de tomillo, y las églogas con zuecos refunfuñando en el vergel.

Después, en la arboleda violeta, pujante, Eucaris me dijo que estábamos en primavera. Brota, estanque, Espuma, arremolínate por encima del puente y de los bosques: paños negros y órganos, rayos y truenos, subid y retumbad; Aguas y tristezas, elevaos y levantad los Diluvios. Porque desde que éstos se disiparon ¡oh las piedras preciosas hundiéndose, y las flores abiertas! ¡qué aburrimiento! Y la Reina, la Bruja que prende su brasa en la vasija de barro, no querrá nunca contarnos lo que ella sabe, y nosotros ignoramos.

Infancia

I

Este ídolo, ojos negros y crin amarilla, sin parientes ni corte, más noble que la fábula, mexicano y flamenco; sus dominios, azul y verdura insolentes, discurren por playas nombradas, por olas sin navíos, de nombres ferozmente griegos, eslavos, celtas. En la linde del bosque las flores de ensueños tintinean, resplandecen, iluminan, la muchacha del labio naranja, las rodillas cruzadas en el claro diluvio que brota de los prados, desnudez que sombran, que traspasan y visten los arcos iris, la flora, el mar. Damas que revolotean en terrazas contiguas al mar; niñas y gigantas, soberbias negras en el musgo verde grisáceo, joyas erguidas en el suelo graso de los bosquetes y jardincillos deshelados, jóvenes madres y hermanas mayores con la mirada llena de peregrinaciones, sultanas, princesas de andar y de vestir tiránicos, pequeñas forasteras y personas suavemente desdichadas. Qué aburrimiento, la hora del «querido cuerpo» y «querido corazón».

II

Es ella, la pequeña muerta, detrás de los rosales. La joven mamá difunta bajo las escalinatas. La calesa del primo grita en la arena. El hermano pequeño (¡está en

las Indias!) ahí, delante del crepúsculo, en el prado de claveles. Los viejos enterrados de pie en el bastión de los alhelíes. El enjambre de las hojas de oro rodea la casa del general. Están en el sur. Tomando por el camino rojo se llega al albergue vacío. El castillo está en venta; las persianas están arrancadas. El cura se habrá llevado la llave de la iglesia. Alrededor del parque, las garitas de los guardas están deshabitadas. El vallado es tan alto que solo se ven las cúspides rumorosas. Aunque nada hay que ver, ahí adentro. Los prados ascienden hacia las aldeas sin gallos, sin yunques.

La esclusa está levantada. ¡Oh los Calvarios y los molinos del desierto, las islas y las muelas! Flores mágicas zumbaban. Los taludes lo acunaban. Animales de una elegancia fabulosa circulaban. Las nubes se acumulaban en la alta mar hecha con una eternidad de cálidas lágrimas.

III

En el bosque hay un pájaro, su canto te detiene y te ruboriza.
Hay un reloj que no da las horas.
Hay una hoyada con un nido de animales blancos.
Hay una catedral que baja y un lago que sube.
Hay un cochecito abandonado en el boscaje, o que baja

por el sendero corriendo, adornado con cintas.
Hay una compañía de cómicos en traje de función, vistos en la carretera por entre el lindazo del bosque.
Hay finalmente, cuando tenemos hambre y sed, alguien que te ahuyenta .

IV

Soy el santo rezando en la terraza, mientras los animales mansos pacen hasta el mar de Palestina.

Soy el sabio en el sillón sombrío. Las llamas y la lluvia se arrojan contra la ventana de la biblioteca.

Soy el peatón de la carretera entre bosques enanos; el rumor de las esclusas ahoga mis pasos. Miro largamente la melancólica colada de oro del crepúsculo.

Sería con gusto el niño abandonado en el embarcadero que la corriente ha arrastrado a alta mar, el paje que camina por la alameda, tocando el cielo con la frente.

Los senderos son ásperos. Los montículos se cubren de retama. El aire está inmóvil. ¡Qué lejos están los pájaros y las fuentes! Tan solo puede haber el fin del mundo, camino adelante.

V

Que me alquilen por último esta tumba, blanqueada con cal, con las líneas del cemento en relieve muy lejos bajo la tierra.

Me acodo en la mesa, la lámpara ilumina muy vivamente los periódicos que releo porque soy idiota, los libros sin interés.

A una distancia enorme por encima de mi salón subterráneo, las casas se implantan, las brumas se congregan. El fango es rojo o negro. ¡Ciudad monstruosa, noche sin fin!

Menos arriba, están las cloacas. A los lados, nada más que el espesor del globo. Quizá los abismos azules, los pozos de fuego. Es quizá en tales planes donde se encuentran lunas y cometas, mares y fábulas.

En las horas de amargura me imagino bolas de zafiro, de metal. Soy dueño del silencio. ¿Por qué un atisbo de tragaluz habría de palidecer en el rincón de la bóveda?

Cuento

Un príncipe estaba molesto por no haberse dedicado nunca más que a la perfección de las generosidades vulgares. Preveía sorprendentes revoluciones del amor, y a sus mujeres las sospechaba capaces de algo mejor que aquella complacencia adornada de cielo y de lujo. Quería ver la verdad, la hora del deseo y de la satisfacción esenciales. Fuera ello o no fuera una aberración de piedad, así lo quiso. Poseía al menos un poder humano bastante amplio.

Todas las mujeres que lo habían conocido fueron asesinadas. ¡Qué saqueo del jardín de la belleza! Bajo el sable, lo bendijeron. Él no encargó otras nuevas. ¿ Las mujeres desaparecieron.

Mató a todos aquellos que lo seguían, después de la caza o de las libaciones. Todos lo seguían. Se divirtió degollando animales de lujo. Hizo llamear los palacios. Se abalanzaba sobre las gentes y las cortaba en pedazos.

¿ La multitud, los techos de oro, los bellos animales seguían existiendo. ¡Puede alguien extasiarse en la destrucción, rejuvenecerse por la crueldad! El pueblo no murmuró. Nadie ofreció la contribución de sus opiniones.

Una tarde galopaba orgullosamente. Un genio apareció, de belleza inefable, inconfesable incluso. ¡De su fisonomía y su porte se desprendía la promesa de un amor múltiple y complejo! ¡De una felicidad, indecible, insoportable incluso! El Príncipe y el Genio se aniquilaron probablemente en la salud esencial. ¿Cómo no iban a morir por ello? Juntos pues murieron.

Pero el Príncipe falleció, en su palacio, a una edad corriente. El Príncipe era el Genio. El Genio era el Príncipe.

La música sabia falta a nuestro deseo.

Representación

Bribones solidísimos. Muchos explotaron vuestros mundos. Sin necesidades, y con poca prisa por llevar a la práctica sus brillantes facultades y su experiencia de vuestras conciencias. ¡Qué hombres tan maduros! Ojos embrutecidos, al modo de la noche de verano, rojos y negros, tricolores, de acero picado, de estrellas de oro; facies deformadas, plomizas, demudadas, incendiadas; ¡carrasperas retozonas! ¡El andar cruel de los relumbrones! Hay algunos jóvenes, ¿cómo podrían mirar a Cherubino? provisto de voces espantables y de recursos peligrosos. Los mandan a tomar espalda a la ciudad, trajeados con lujo repugnante. ¡Oh violentísimo paraíso de la mueca rabiosa! Ni comparación con vuestros Faquires y las restantes bufonadas escénicas. En trajes improvisados con gusto de pesadilla interpretan quejas, tragedias de malandrines y de semidioses espirituales como nunca lo han sido ni la historia ni las religiones. Chinos, hotentotes, bohemios, necios, hienas, Molocs, viejas demencias, demonios siniestros, mezclan los giros populares, maternos, con las posturas y las ternezas bestiales. Podrían interpretar obras nuevas y canciones de «niñas buenas». Maestros malabaristas, transforman el lugar y las personas, utilizando la comedia magnética. Los ojos llamean, la sangre canta, los huesos se ensanchan,

las lágrimas y los hilillos rojos chorrean. Su burla o su terror dura un minuto, o meses enteros.

Tengo yo solo la llave de esta representación salvaje.

Antigua

¡Gracioso hijo de Pan! En torno a tu frente coronada de florecillas y bayas, tus ojos, bolas preciosas, se mueven. Manchadas de heces oscuras, tus mejillas se hunden. Relucen tus colmillos. Te pecho se parece a una cítara, tintineos circulan por tus brazos rubios. El corazón te late en el vientre en que duerme el doble sexo. Paséate, de noche, moviendo suavemente el muslo, el segundo muslo y la pierna izquierda.

Being Beauteous

Delante de una nieve, un Ser de Belleza de elevada estatura. Silbidos de muerte y círculos de música apagada hacen que suba, que se ensanche y que tiemble como un espectro ese cuerpo adorado: heridas escarlata y negras revientan en las carnes soberbias. Los colores propios de la vida se oscurecen, bailan y se desprenden en torno a la Visión, en el taller. Y los escalofríos aumentan y gruñen, y cuando el sabor enloquecido de tales efectos se carga con los silbidos mortales y las roncas músicas que el mundo, allá lejos a nuestra espalda, lanza contra nuestra madre de belleza, ella retrocede, levantándose. ¡Oh! Nuestros huesos están recubiertos de un nuevo cuerpo enamorado.

*****

¡Oh el rostro ceniciento, el escudo de crin, los brazos de cristal! ¡Cañón sobre el que he de abatirme, por entre la barahúnda de los árboles y del aire ligero!

Vidas

I

¡Oh las enormes avenidas del país santo, las terrazas del templo! ¿Qué le ha pasado al brahmán que me explicó los Proverbios? ¡Desde entonces, desde allí, siego viendo hasta a las viejas! Me acuerdo de las olas de plata y de sol hacia los ríos, con la mano del campo en el hombro, y nuestras caricias de pie en las llanuras especiadas. Un vuelo de palomos escarlata atruena en torno a mi pensamiento. Exiliado aquí, tuve escenario en que interpretar las obras maestras dramáticas de todas las literaturas. Podría señalaros las riquezas inauditas. Observo la historia de los tesoros que vosotros encontrasteis. ¡Veo la continuación! Mi sabiduría se desdeña tanto como el caos. ¿Qué es mi nada, al lado del estupor que os espera?

II

Soy un inventor cuyos méritos difieren en mucho de los de todos aquellos que me precedieron; soy incluso un músico que ha encontrado algo así como la clave del amor. Ahora, gentilhombre de un campo agrio de cielo sobrio, trato de conmoverme con el recuerdo de la

infancia mendicante, del aprendizaje o de la llegada en zuecos, de las polémicas, de las cinco o seis viudeces, y algunas juergas en que mi terquedad no me dejó subir al diapasón de los amigos. No echo de menos mi antigua porción de alegría divina: el aire sobrio de este agrio campo alimenta muy activamente mi atroz escepticismo. Pero como este escepticismo ya no se puede llevar a la práctica, y como, por otra parte, estoy consagrado a una zozobra nueva, espero convertirme en un loco muy malo.

III

En un granero donde me encerraron a los doce años conocí el mundo, ilustré la comedia humana. En una bodega aprendí la Historia. En alguna fiesta nocturna en una ciudad del Norte, me tropecé con todas las mujeres de los antiguos pintores. En un viejo pasadizo de París me enseñaron las ciencias clásicas. En un magnífico alojamiento cercado por el Oriente entero llevé a cabo mi inmensa obra y transcurrió mi ilustre retiro. He fermentado mi sangre. Me dispensaron del deber. Ya no hace falta ni pensar en ello. Soy realmente de ultratumba, y no acepto encargos.

Partida

Visto suficiente. La visión se ha encontrado por todos los aires. Poseído suficiente. Rumores de ciudades, al atardecer, y al sol, y siempre. Conocido suficiente. Las paredes de la vida. — ¡Oh Rumores y Visiones! ¡Partida en el afecto y el ruido nuevos!

Realeza

Una hermosa mañana, entre gente muy grata, un hombre y una mujer espléndidos gritaban en la plaza pública. «¡Amigos míos, quiero que ella sea reina!» «¡Quiero ser reina!» Ella reía y temblaba. Él hablaba a los amigos de revelación, de prueba concluida. Desfallecían el uno contra el otro. Fueron en efecto reyes durante toda una mañana en que las colgaduras carminosas se alzaron por encima de las casas, y toda la tarde, en que anduvieron camino de un jardín de palmas.

A una razón

Un golpe de tu dedo en el tambor descarga todos los sonidos e inicia la nueva armonía. Un paso tuyo es la recluta de nuevos hombres y su toque de marcha. Tu cabeza se vuelve: ¡el nuevo amor! Tu cabeza se vuelve, — ¡el nuevo amor! «Modifica nuestros sinos, acrisola las plagas, empezando por el tiempo», te cantan estos niños. «Alza en cualquier sitio la sustancia de nuestras fortunas y de nuestros deseos», te suplican. Tú, llegada de siempre, que te irás por doquier.

Mañana de ebriedad

¡Oh, Bien mío! ¡Oh Hermoso mío! ¡Charanga atroz en la que nunca pierdo el paso! ¡Caballete hechicero! ¡Hurra por la obra inaudita y por el cuerpo maravilloso, por vez primera! Empezó con las risas de los niños, en ellas terminará. Este veneno va a seguir en todas nuestras venas incluso cuando cambie el son de las charangas y seamos devueltos a la antigua inarmonía. ¡Oh ahora nosotros tan dignos de estas torturas! Recojamos fervientemente esa promesa sobrehumana hecha a nuestro cuerpo y a nuestra alma creados: ¡esta promesa, esta locura! ¡La elegancia, la ciencia, la violencia! Nos prometieron enterrar en la sombra el árbol del bien y del mal, deportar las honradeces tiránicas, a fin de que trajéramos nuestro purísimo amos. Empezó con algunas repugnancias y termina incapaces de capturar al vuelo tal eternidad, termina en desbandada de perfumes. Risas de niños, discreción de los esclavos, austeridad de las vírgenes, horror a las figuras y a los objetos de aquí, sagrados seáis por el recuerdo de esta vigilia. Habiendo empezado con toda la zafiedad, he aquí que termina en ángeles de llamas y de hielos. Pequeña vigilia de ebriedad, ¡santa!, aunque no fuera más que por la máscara con que nos has gratificado. ¡Nosotros te afirmamos, método! Nosotros no olvidamos que ayer glorificaste cada una de nuestras edades. Tenemos fe en el veneno. Sabemos dar la vida entera todos los días. He aquí el tiempo de los Asesinos.

Frases

Cuando el mundo se reduzca a un solo bosque negro para nuestros cuatro ojos asombrados, a una playa para dos niños fieles, a una casa musical para nuestra clara simpatía, te encontraré. No quede aquí abajo más que un viejo solo, tranquilo y hermoso, rodeado de «un lujo inaudito», y abrazo tus rodillas. Sea yo quien haya cumplido todos tus recuerdos, ¿quién retrocede? Estamos muy alegres, ¿quién se cae de ridículo? Cuando somos malísimos, ¿qué harían con nosotros? Engalánate, danza, ríe. Nunca podré tirar el amor por la ventana. ¡Compañera mía, mendiga, niña monstruo! Qué poco te importan estas desdichadas y estas maniobras, y mis apuros. Apégate a nosotros con tu voz imposible, ¡tu voz!, única aduladora de esta vil desesperación. Una mañana encapotada, en julio. Un sabor a ceniza revolotea por el aire; un olor a madera que suda en el lar, las flores maceradas el saqueo de las avenidas la llovizna de los canales en los campos ¿por qué no ya los juguetes y el incienso?

*****

He tenido cuerdas de campanario en campanario; guirnaldas de ventana en ventana; cadenas de oro de estrella en estrella, y bailo.

*****

El alto estanque humea de continuo. ¿Qué bruja va a salir por el poniente blanco? ¿Qué violentas frondosidades van a ponerse?

*****

Mientras los fondos públicos se consumen en fiestas de fraternidad, repica una campana de fuego rosa en las nubes.

*****

Avivando un agradable sabor a tinta china un polvo negro llueve suavemente sobre mi velada. Amortiguo las luces de la araña, me tumbo en la cama, y vuelto hacia el lado de la sombra os veo, ¡niñas mías! ¡reinas mías!

Obreros

¡Oh qué cálida mañana de febrero! El Sur inoportuno vino a renovar nuestras recuerdos de indigentes absurdos, nuestra joven miseria. Henrika tenía una falda de algodón a cuadros blancos y marrones, que debió de llevarse el siglo pasado, una cofia de cintas, y un pañuelo de seda. Era mucho más triste que un luto. Paseábamos por el extrarradio. El tiempo estaba encapotado, y el viento del sur excitaba todos los feos olores de los jardines devastados y de los prados resecos. Lo cual no debió de fatigar a mi mujer hasta el mismo punto que a mí. En un charco dejado por la inundación del mes pasado en un sendero bastante alto me hizo fijarme en unos peces muy pequeñitos. La ciudad, con sus humos y sus ruidos de oficios, nos seguía desde muy lejos por los caminos. ¡Oh el otro mundo, la morada bendecida por el cielo y las sombras! El Sur me recordaba los miserables incidentes de mi infancia, mis desesperaciones estivales, la horrible cantidad de fuerza y de ciencia que la suerte siempre ha alejado de mí. ¡No! No pasaremos el verano en este avaro país donde nunca seremos más que unos huérfanos desposados. Quiero que este brazo endurecido deje de arrastrar una imagen amada.

Los puentes

Cielos grises de cristal. Un extraño trazado de puentes, rectos los unos, abombados los otros, en bajada aquéllos, o en ángulos oblicuos con relación a los primeros, y las figuras repitiéndose en los restantes circuitos alumbrados del canal, pero todos tan largos y tan ligeros que las orillas, cargadas de cúpulas, pierden altura y se empequeñecen. Algunos de estos puentes siguen cargados de casuchas. Otros sostienen mástiles, señales, débiles parapetos. Acordes menores se entrecruzan, perdiéndose en la distancia, cables ascienden desde los ribazos. Se ve una chaqueta roja, quizá otros trajes e instrumentos de música. ¿Son aires populares, fragmentos de conciertos señoriales, restos de himnos públicos? El agua está gris y azul, ancha como un brazo de mar. Un rayo blanco, venido de lo alto del cielo, reduce a la nada esta comedia.

Ciudad

Soy un efímero y en modo alguno demasiado descontento ciudadano de una metrópoli considerada moderna porque todo gusto conocido se ha evitado tanto los mobiliarios y el exterior de las casas como en el plano de la ciudad. Aquí no indicarías las huellas de ningún monumento de superstición. ¡La moral y la lengua están reducidas a su más sencilla expresión, por último! Estos millones de personas que no tienen necesidad de conocerse llevan tan similarmente la educación, el oficio y la vejez, que el transcurso de la vida debe de ser muchas veces menos largo de lo que una estadística loca halla para los pueblos del continente. Asimismo, desde mi ventana, veo espectros nuevos avanzando por la espesa y eterna humareda del carbón, ¡nuestra sombra de los bosques, nuestra noche de verano! Erinias nuevas ante mi cottage que es mi patria y todo mi corazón, ya que todo aquí se parece a esto, la Muerte sin llanto, nuestra activa hija y servidora, un Amor desesperado, y un bonito crimen que pía en el fango de la calle.

Roderas

A la derecha el alba de verano despierta las hojas y los vapores y los ruidos de este rincón del parque, y los taludes de la izquierda abarcan en su sombra violeta las mil rápidas roderas del camino mojado. En efecto: carros cargados de animales de madera dorada, mástiles y lonas abigarradas, al galope tendido de veinte caballos de circo salpicados de manchas, y los niños y los hombres a lomos de sus bestias más sorprendentes; veinte vehículos, abozados, empavesados y floridos como carrozas antiguas o de cuento, llenos de niños emperejilados para una pastoral de suburbio. Incluso ataúdes bajo sus doseles de noche izando los penachos de ébano, perdiéndose en la distancia al trote de grandes yeguas azules y negras.

Ciudades

¡Son ciudades! ¡Es un pueblo para quien han sido instalados tales Alleghanys y tales Líbanos de ensueño! Palacetes de cristal y madera que se desplazan sobre raíles y por poleas invisibles. Los viejos cráteres rodeados de colosos y de palmeras de cobre rugen melodiosamente en los fuegos. Fiestas amorosas suenan sobre los canales colgados detrás de los palacetes. La descarga de los carillones grises en las gargantas. Corporaciones de cantantes gigantescos acuden con trajes y con oriflamas destellantes como la luz de las cumbres. En las plataformas del centro de las simas los Roldanes hacen resonar su intrepidez. Sobre las pasarelas del abismo y los techos los albergues el ardor del cielo empavesa los mástiles. El derrumbamiento de las apoteosis se une a los campos de las alturas donde las centauras seráficas evolucionan entre las avalanchas. Por encima del nivel de las más altas crestas, un mar agitado por el nacimiento eterno de Venus, cargado de flotas orfeónicas y del rumor de las perlas y de las conchas preciosas, el mar se ensombrece de cuando en cuando con destellos mortales. En las laderas mieses de flores tan grandes como nuestras armas y nuestras copas, mugen. Cortejos de Mabs con vestidos anaranjados, opalinos, suben de los barrancos. Allá arriba, con los pies en la cascada y en los espinos, los ciervos maman de Diana. Las Bacantes de cercanías

sollozan y la luna se quema y aúlla. Venus entra en las cavernas de los herreros y de los ermitaños. Grupos de atalayas cortan las ideas de los pueblos. De los castillos hechos de hueso sale la música desconocida. Todas las leyendas evolucionan y los impulsos se acometen en los burgos. El paraíso de las tormentas se derrumba. Los salvajes bailan sin parar la fiesta de la noche. Y por una hora bajé al movimiento de una avenida de Bagdad donde unas compañías cantaron la alegría del trabajo nuevo, contra una brisa espesa, circulando sin poder evitar los fabulosos fantasmas de los montes en que debimos encontrarnos. ¿Qué buenos brazos, qué buena hora me entregarán esta región de donde vienen mis dormires y mis menores movimientos?

Vagabundos

¡Lastimero hermano! ¡Cuántas veladas atroces le debí! «No me hacía cargo fervientemente de esta empresa. Me había burlado de su invalidez. Por mi culpa volveríamos al exilio, a la esclavitud.» Él me suponía una mala pata y una inocencia muy extrañas, añadiendo razones inquietantes. Yo replicaba con burlas a tan satánico doctor, y acababa por acercarme a la ventana. Creaba, más allá de la campiña cruzada por franjas de música rara, los fantasmas del futuro lujo nocturno. Tras esta distracción vagamente higiénica, me echaba en un jergón. Y, casi todas las noches, tan pronto como me dormía, el pobre hermano se levantaba, con la boca podrida, con los ojos arrancados, ¡tal como se soñaba! y me arrastraba hasta la sala aullando su sueño de pena idiota. Yo había, en efecto, con toda franqueza de espíritu, aceptado el compromiso de devolverlo a su estado primitivo de hijo del Sol, y andábamos errantes, alimentándonos del vino de las cavernas y de la galleta del camino, yo con prisa por encontrar el lugar y la fórmula.

Ciudades

La acrópolis oficial colma los más colosales conceptos de la barbarie moderna. Imposible expresar el día mate a que dan origen este cielo inmutablemente gris, el resplandor imperial de los caserones, y la nieve eterna del suelo. Han reproducido con un gusto de enormidad singular todas las maravillas clásicas de la arquitectura. Asisto a exposiciones de pintura en locales veinte veces más vastos que Hampton Court. ¡Qué pintura! Un Nabucodonosor noruego hizo construir las escaleras de los ministerios; los subalternos que he podido ver son ya más orgullosos que [...], y me ha hecho temblar el aspecto de los guardianes de colosos y oficiales de obras. De tal modo han agrupado las edificaciones en plazas, atrios y terrazas cerradas, que los cocheros quedan excluidos. Los parques representan la naturaleza primitiva trabajada con arte soberbio. El barrio alto tiene partes inexplicables: un brazo de mar, sin barcos, arrastra su capa de fino granito azul entre muelles cargados de candelabros gigantes. Un puente corto lleva hasta un postigo inmediatamente debajo de la cúpula de la Santa Capilla. Esta cúpula es una armadura de acero artístico de quince mil pies de diámetro aproximadamente. Por algunos puntos de las pasarelas de cobre, de las plataformas, de las escaleras que borden las lonjas y los postes, ¡pensé que podía medir la hondura de la ciudad! Prodigio del que no pude

percatarme: ¿cuáles son los niveles de los restantes barrios por encima o por debajo de la acrópolis? Para el forastero de nuestro época la identificación es imposible. El barrio comercial es un circus de un solo estilo, cuyas galerías tienen arcadas. No se ven tiendas, pero la nieve de la calle está pisoteada; unos cuantos nababes tan escasos como los paseantes de una mañana de domingo en Londres, se encaminan hacia una diligencia de diamantes. Unos divanes de terciopelo rojo: se despachan bebidas populares cuyo precio oscila entre las ochocientas y las ocho mil rupias. Ante la idea de buscar teatros en este circus, me respondo que las tiendas deben de contener dramas bastante sombríos. Creo que hay policía. Pero la ley debe de ser tan extraña, que renuncio a hacerme una idea de los aventureros de por aquí. El arrabal, tan elegante como cualquier calle hermosa de París, se ve favorecido por un aire de luz. El elemento democrático asciende a unos cientos de almas. Aquí tampoco tienen continuidad las casas; el arrabal se pierde extrañamente por el campo, el «Condado» que llena el occidente eterno de los bosques y de las plantaciones prodigiosas donde los gentilhombres salvajes cazas sus crónicas a la luz creada por alguien.

Veladas

I

Descanso iluminado, ni fiebre ni languidez, en cama o en el prado.
Amigo ni ardiente ni débil. Amigo.
Amada ni torturadora ni torturada. Amada.
Aire y mundo de ningún modo buscados. Vida.
¿Era, pues, esto?
Y el soñar refresca.

II

La iluminación vuelve al árbol de obra. Desde ambos extremos de la sala, decorados vulgares, elevaciones armoniosas se unen. La muralla que hay frente al hombre que vela es una sucesión psicológica de secciones de frisos, de franjas atmosféricas y de accidencias geológicas. Ensoñación intensa y rápida de grupos sentimentales compuestos por seres de todos los caracteres entre todos los aspectos físicos.

III

Las lámparas y las alfombras de la velada producen el ruido de las olas, por la noche, a lo largo del casco y en derredor del steerage. El mar de la velada, igual que los senos de Amelia. Las tapicerías, hasta media altura, boscajes de puntilla, teñida de esmeralda, conde se arrojan las tórtolas de la velada.

… … … … … … … … … … … … … … … … …

El trashoguero del lar negro, verdaderos soles de las playas: ¡ah! pozos de magias; única visión de aurora, esta vez.

Mística

En la pendiente del talud los ángeles dan vueltas a sus ropajes de lana en los herbazales de acero y esmeralda. Prados de llama saltan hasta la cima del pezón de tierra. A la izquierda el mantillo de la cresta es pisoteado por todos los homicidios y todas las batallas, todos los ruidos desastrosos sostienen su curva. Detrás de la cresta de la derecha la línea de los orientes, de los progresos. Y mientras la franja de la parte de arriba del cuadro se forma con el rumor tornadizo y saltarín de las conchas de los mares y de las noches humanas. La dulzura florida de las estrellas y del cielo y de lo demás baja frente al talud, como un cesto, contra nuestro rostro, y hace el abismo floreciente y azul allá abajo.

Alba

Yo he tenido en mis manos el alba de verano. Nada se movía aún en la delantera de los palacios. El agua estaba muerta. Los campamentos de sombras no se apartaban del camino del bosque. Anduve, despertando los alientos vivos y tibios, y las pedrerías miraron, y las alas se levantaron sin ruido. Fue la primera empresa, en el sendero repleto ya de frescos y pálidos resplandores, una flor que me dijo su nombre. Me reí del wasserfall rubio que se desmelenaba por los abetos: reconocí a la diosa por su cima de plata. Entonces levanté uno a uno los velos. En la alameda, agitando los brazos. En la llanura, donde la denuncié ante el gallo. En la ciudad huía por los campanarios y por las cúpulas, y yo, corriendo como un mendigo por los muelles de mármol, le daba caza. En lo alto del camino, cerca de un bosque de laureles, la envolví con sus velos amontonados, y pude sentir un poco su inmenso cuerpo. El alba y el niño cayeron en lo hondo del bosque.

Flores

Desde una grada de oro, entre los cordones de seda, las gasas grises, los terciopelos verdes y los discos de cristal que ennegrecen como cobre al sol, veo la dedalera abrirse sobre una alfombra de filigranas de plata, de ojos y de cabelleras. Monedas de oro amarillo sembradas en el ágata, pilares de caoba que sostienen una cúpula de esmeraldas, ramilletes de satén blanco y finas varas de rubí rodean la rosa de agua. Semejantes a un dios de enormes ojos azules y de formas de nieve, la mar y el cielo atraen hacia las terrazas de mármol la multitud de jóvenes y fuertes rosas.

Nocturno

vulgar Un soplo abre brechas operísticas en los tabiques emborrona la rotación de los techos roídos, dispersa los límites de los lares, eclipsa las ventanas. Por la parra abajo, habiendo apoyado el pie en una atarjea, me metí en esta carroza cuya época viene bastante indicada por los cristales convexos, los cuarterones abombados y los sofás de complicados contornos. Coche fúnebre de mi dormir, aislado, casa de pastor de mi necedad, el vehículo vira sobre el césped de la carretera borrada; y en una imperfección de lo alto del cristal de la derecha giran las pálidas figuras lunares, hojas, senos; Un verde y un azul muy oscuro invaden la imagen. Desenganche en los alrededores de una mancha de grava. Aquí van a llamar a silbidos a la tempestad, y las Sodomas y las Solimas, y las fieras y los ejércitos. (Postillones y animales de ensueño tomarán el relevo en las más sofocantes arboledas, para hundirme hasta los ojos en la fuente de seda.) Y echarnos, azotados por entre las aguas chapoteantes y las bebidas derramadas, a rodar por el ladrido de los dogos. Un soplo dispersa los límites del lar.

Marina

Los carros de plata y de cobre
Las proas de acero y de plata
Baten la espuma,
Levantan las raíces de las zarzas.
Las corrientes de la landa,
Y los surcos inmensos del reflujo,
Se pierden circularmente hacia el este,
Hacia los pilares del bosque,
Hacia los troncos del embarcadero,
Cuya esquina golpean torbellinos de luz.

Fiestas de Invierno

La cascada resuena detrás de las chozas de ópera cómica. Girándulas alargan, en los vergeles y en las alamedas vecinas del Meandro, — los verdes y los rojos del crepúsculo. Ninfas de Horacio peinadas a lo Primer Imperio, — Rechonchas siberianas, chinas de Boucher.

Angustia

¿Es posible que Ella me haga perdonar las ambiciones continuamente aplastadas, que un final acomodado repare las edades de indigencia, que un día de éxito nos adormezca sobre la vergüenza de nuestra inhabilidad fatal? (¡Oh palmeras! ¡Diamante! ¡Amor, fuerza! ¡más arriba que todas las alegrías y las glorias! de todas formas, por todas partes, demonio, dios, Juventud de este ser: ¡yo!). ¿Que accidentes de hechicería científica y movimientos de fraternidad social se tengan en aprecio como restitución progresiva de la franqueza primordial?… Pero la Vampira que nos hace amables ordena que nos divirtamos con lo que ella nos deja, o si no que seamos más graciosos. Correr hacia las heridas, en el aire fatigoso y el mar; hacia los suplicios, en el silencio de las aguas y del aire homicidas; hacia las torturas risueñas, en su silencio atrozmente encrespado.

Metropolitano

Desde el estrecho de índigo a los mares de Ossian, por la arena rosa y naranja que el cielo vinoso ha lavado, acaban de subir y de cruzarse unas avenidas de cristal pobladas incontinenti por jóvenes familias pobres que se alimentan en las fruterías. Nada rico. ¡La ciudad! Del desierto de asfalto huyen en línea recta a la desbandada con los estratos de brumas escalonados en franjas horrorosas en el cielo que se va encorvando, que retrocede y baja, constituido por la más siniestra humareda negra que puede producir el Océano de luto, los cascos, las ruedas, las barcas, las grupas. ¡La batalla! Levanta la cabeza: este puente de madera, arqueado; las últimas huertas de Samaria; esas máscaras coloreadas bajo el farol azotado por la noche fría; la ondina necia del vestido ruidoso, en la parte de abajo del río; esos cráneos luminosos en los planos de guisantes y las demás fantasmagorías el campo. Caminos orillados de verjas y de muros que apenas si logran dar cabida a sus pequeños bosques, a las atroces flores que alguien podría llamar amores y primores, Damasco dañoso de lánguido, posesiones de hechiceras aristocracias ultraterrenas, japonesas, guaraníes, aún aptas para acoger la música de los antiguos y hay albergues que para siempre no vuelven a abrir hay princesas, y si no estás demasiado abrumado, el estudio de los astros el cielo. La mañana en que con Ella, os debatisteis entre

los resplandores de nieve, los labios verdes, los hielos, las banderas negras y los rayos azules, y los perfumes púrpura del sol de los polos, tu fuerza.

Bárbaro

Mucho después de los días y de las estaciones, y de los seres y los países. El pabellón de carne sangrante sobre la seda de los mares y de las flores árticas; (no existen.) Curado de las viejas charangas del heroísmo que nos siguen atacando el corazón y la cabeza lejos de los antiguos asesinos

¡Oh! El pabellón de carne sangrante sobre la seda de los mares y de las flores árticas; (no existen.)

¡Ternezas! Las ascuas que llueven a ráfagas de escarcha, ¡Ternezas! los fuegos en la lluvia del viento de diamantes arrojada por el corazón terrestre que eternamente se carboniza por nosotros.

¡Oh mundo! (Lejos de los antiguos toques de retreta y de las antiguas llamas, que se oyen, se sienten.) Las ascuas y las espumas. La música, virada de los abismos y choque de los hielos en los astros.

¡Oh ternezas, oh mundo, oh música! Y allá, las formas, los sudores, las cabelleras y los ojos, en flotación. Y las lágrimas blancas, hirvientes, ¡oh ternezas! y la voz femenina llegada hasta el fondo de los volcanes y de las grutas árticas. El pabellón…

Saldo

Véndese lo que los Judíos no han vendido, lo que la nobleza y el crimen no han degustado, lo que ignoran el amor maldito y la probidad infernal de las multitudes; lo que ni el tiempo ni la ciencia tienen que reconocer; Las Voces reconstituidas; el despertar fraterno de todas las energías corales y orquestales y sus aplicaciones instantáneas; ¡la ocasión, única, de desembarazarnos los sentidos! ¡Véndense los cuerpos sin precio, fuera de toda raza, de todo mundo, de todo sexo, de toda descendencia! ¡Las riquezas que brotan a cada paso! ¡Saldo de diamantes sin control! ¡Véndese la anarquía para las multitudes; la satisfacción irreprimible para los aficionados superiores; la muerte atroz para los fieles y los amantes! ¡Véndense las viviendas y las migraciones, los deportes, las hechicerías y las comodidades perfectas, y el ruido, el movimiento y el porvenir a que dan lugar! Véndense las aplicaciones de la aritmética y los saltos de armonía inauditos. Hallazgos y términos no sospechados, entrega inmediata. Impulso sensato e infinito de esplendores invisibles, de delicias insensibles, y sus secretos enloquecedores para cada vicios y su alegría espantosa para la multitud. Véndense los Cuerpos, las voces, la inmensa opulencia incuestionable, lo que jamás ha de venderse. ¡Los vendedores se están quedando sin mercancía! ¡No hace falta que los viajantes coloquen sus pedidos tan pronto!

Fairy

Por Helena se conjuraron las savias ornamentales en las sombras vírgenes y las claridades impasibles en el silencio astral. El ardor del verano fue confiado a unos pájaros mudos y la indolencia requerida de una barca de lutos sin precio en ensenadas de amores muertos y de perfumes hundidos. Después del momento del canto de los leñadores al rumor del torrente bajo la ruina de los bosques, del repicar de las reses al eco de los valses, y de los gritos de las estepas. Por la infancia de Helena tiritaron las pieles y las sombras y el seno de los pobres, y las leyendas del cielo. Y sus ojos y su danza superiores incluso a los resplandores preciosos, a las influencias frías, al placer del decorado y de la hora únicos.

Guerra

De niño, ciertos cielos afinaron mi óptica: todos los caracteres matizaron mi fisonomía. Los Fenómenos se emocionaron. Ahora la inflexión eterna de los momentos y el infinito de las matemáticas me persiguen por este mundo en que padezco todos los éxitos civiles, respetado por la infancia extraña y los afectos enormes. Pienso en una guerra, justa o injusta, de lógica muy imprevista. Es tan sencillo como una fase musical.

Juventud

I

Domingo Apartados los trabajos con números, la inevitable bajada desde el cielo, y la visita de los recuerdos y la sesión de los ritmos ocupan la morada, la cabeza y el mundo del espíritu. Un caballo parte veloz en el hipódromo de las afueras, a lo largo de los campos de cultivo y de las zonas del bosque, perforado por la peste carbónica. Una miserable mujer de drama, en algún lugar del mundo, suspira tras abandonos improbables. Los forajidos languidecen tras la tempestad, la borrachera y las heridas. Niños pequeños sofocan maldiciones a lo largo de los ríos. Reanudemos el estudio con el ruido de la obra devoradora que se reagrupa y vuelve a levantarse en las multitudes.

II. Soneto

Hombre de constitución normal, la carne ¿no era una fruta que cuelga en el vergel, ¡oh días niños! el cuerpo un tesoro que prodigar; ¡oh amar! el peligro o la fuerza de Psiquis? La tierra tenía vertientes fértiles en príncipes y artistas, y la descendencia y la raza empujaban a los

crímenes y a los lutos: el mundo fortuna vuestra y peligro vuestro. Pero ahora, colmada esta labor, tú, tus cálculos, tú, tus impaciencias ya no son más que vuestro baile y vuestra voz, no establecidos y nada forzados, aunque por razón de un doble acontecimiento de invención y de éxito de una temporada, en la humanidad fraterna y discreta por el universo sin imágenes; la fuerza y el derecho reflejen el baile y la voz que solo ahora empiezan a valorarse.

III. Veinte años

Las voces instructivas exiliadas… La ingenuidad física amargamente venida abajo… Adagio. ¡Ah! El egoísmo infinito de la adolescencia, el optimismo estudioso; ¡qué lleno de flores estaba el mundo aquel verano! Los aires y las formas moribundas… — ¡Un coro, para calmar la impotencia y la ausencia! Un coro de cristales, de melodías nocturnas… En efecto, los nervios pronto gararrán.

IV

Todavía estás en la tentación de Antonio. El holgorio del interés resrabado, las manías del orgullo pueril, la postración y el espanto. Pero emprenderás este trabajo: todas las posibilidades armónicas y arquitectónicas se conmoverán en derredor de tu asiento. Seres perfectos, imprevistos, se ofrecerán para tus experimentos. A tus alrededores afluirá soñadoramente la curiosidad de antiguas muchedumbres y de lujos ociosos. Tu memoria y tus sentidos no serán sino alimento de tu impulso creador. En cuanto al mundo, cuando tú salgas, ¿en qué se habrá convertido? En todo caso, ninguna de las apariencias actuales.

Promontorio

El alba y el atardecer estremecido sorprenden a nuestro bergantín aguas adentro frente a esta villa y sus dependencias, que forman un promontorio tan extenso como el Epiro y el Peloponeso, o como la gran isla del Japón, ¡o como Arabia! Fanos alumbrados por el retorno de las teorías, inmensas vistas de la defensa de las costas modernas; dunas ilustradas de cálidas flores y de bacanales; grandes canales de Cartago y de los Embankments de una Venecia equívoca, blandas erupciones de Etnas y hendiduras de flores y de aguas de los glaciares, lavaderos rodeados de álamos de Alemania; taludes de parques singulares que inclinan cabezas de Árbol del Japón; y las fachadas circulares de los «Royal» y de los «Grand» de Scarbro' o de Brooklyn, y sus líneas férreas, bordean, excavan, se suspenden sobre las disposiciones de dentro del Hotel, tomadas de la historia de las más elegantes y las más colosales edificaciones de Italia, de América y de Asia, cuyas ventanas y terrazas en este momento llenas de alumbrados, de bebidas y de brisas ricas, están abiertas al espíritu de los viajeros y de los nobles que permiten, en las horas de luz, a todas las tarantelas de las costas, e incluso a los centinelas de los valles ilustres del arte, que decoren maravillosamente las fachadas del Palacio Promontorio.

Escenarios

La antigua Comedia prosigue sus acuerdos y divide sus Idilios. Avenida de tablados. Un largo pier de madera de punta a punta de un campo pedregoso donde la muchedumbre bárbara evoluciona bajo los árboles despojados. Por corredores de gasa negra, siguiendo las huellas de los paseantes que llevan faroles y hojas. Pájaros de misterio se abaten sobre un pontón de mampostería movido por el archipiélago que cubren las embarcaciones de los espectadores. Escenas líricas con acompañamiento de flauta y tambor se inclinan en reductos habilitados bajo las pinturas del techo, en torno a los salones de clubes modernos o a las salas del Oriente antiguo. La hechicería maniobra en lo alto de un anfiteatro coronado por los boscajes, O se agita y modula para los beocios, a la sombra de las arboledas que se mueven en la arista de las culturas. La ópera cómica se divide en nuestro escenario por la arista de la intersección de diez tabiques levantados desde la galería hasta las candilejas.

Atardecer histórico

En un atardecer cualquiera, por ejemplo, en que se halle el turista ingenuo, retirado de nuestros horrores económicos, la mano de un maestro anima el clavicordio de los prados; jugamos a las cartas en el fondo del estanque, espejo evocador de las reinas y de las favoritas, están a nuestra disposición las santas, los velos y los hilos de armonía, y los cromatismos legendarios, allá por el crepúsculo. Se estremece al paso de las cacerías y de las horas. La comedia gotea sobre los tablados de césped. ¡Y el apuro de los pobres y de los débiles en lo alto de esos planos estúpidos! Esclavo de su visión, Alemania se levanta andamios en dirección a ciertas lunas; los desiertos tártaros se iluminan las revueltas antiguas hormiguean en el centro del Imperio Celeste, junto a las escaleras y los sillones de reyes un pequeño mundo descolorido y plano, África y Occidentes, va a edificarse. Tras un ballet de mares y de noches conocidas una química sin valor, y melodías imposibles. ¡La misma magia burguesa en todos los puntos donde el correo nos deposite! El más elemental de los físicos sabe que ya no es posible someterse a esta atmósfera personal, bruma de remordimientos físicos, cuya mera comprobación es una aflicción. ¡No! Es el momento de los baños de vapor, de los mares levantados, de los abrasamientos subterráneos, del planeta arrebatado, y de los exterminios consiguientes,

certidumbres tan poco maliciosamente indicadas en la Biblia y por las Normas y que a la persona seria le será dado vigilar. Sin embargo no será en absoluto un efecto de leyenda.

Bottom

A pesar de que la realidad era demasiado espinosa para mi gran carácter, me encontré sin embargo en casa de la Señora, en forma de enorme pájaro gris azul que volaba con ímpetu hacia las molduras del techo y que arrastraba el ala por las sombras de la velada. Fui, al pie del baldaquino que sostenía sus joyas adoradas y sus obras maestras físicas, un enorme oso de encías violeta y de pelo canoso por la pena, con los ojos en los cristales y en la plata de las consolas. Todo se hizo sombra y acuárium ardiente. Por la mañana, alba de junio batalladora, corrí hacia los campos, asno, pregonando y blandiendo mi queja, hasta que las Sabinas de cercanías vinieron a arrojárseme contra el petral.

H

Todas las monstruosidades violan los gestos atroces de Hortensia. Su soledad es la mecánica erótica, su hastío, la dinámica amorosa. Bajo la vigilancia de una infancia ella ha sido, en numerosas épocas, la ardiente higiene de las razas. Su puerta está abierta a la miseria. La moralidad de los seres actuales se descorpora, ay, en su pasión o en su acción ¡Oh terrible escalofrío de los amores novicios sobre el suelo ensangrentado y el hidrógeno claro! Adivínese Hortensia.

Movimiento

El movimiento de zigzag sobre la ribera de los saltos del río,
La sima en el codaste,
La celeridad de la rampa,
La enorme zambullida de la corriente,
Llevan por las luces inauditas
Y la novedad química
A los viajeros rodeados por las trombas del valle
Y del strom.
Son los conquistadores del mundo,
Que buscan su fortuna química personal;
El sport y el confort viajan con ellos;
Llevan consigo la educación
De las razas, de las clases y de los animales,
en este Buque.
Descanso y vértigo A la luz diluviana,
En las terribles noches de estudio.
Pues, por la charla entre los aparejos,
la sangre; las flores, el fuego, las joyas
Por las cuentas agitadas en la orilla fugitiva,
Se nota, avanzando como un dique más allá de la fuerza hidráulica motriz,
Monstruoso, iluminándose sin fin,
su stock de estudios;
Arrastrados ellos en el éxtasis armónico

Y el heroísmo del descubrimiento.
En medio de los accidentes atmosféricos más sorprendentes,
Una pareja de juventud se aísla sobre el arco,
¿Es antigua hosquedad de la que se perdona?
Y canta y se aposta.

Devoción

A mi hermana Louise Vanaen de Voringhem: Su toca azul vuelta hacia el mar del Norte. Para los náufragos. A mi hermana Léonie Aubois d'Ashby. Bau la hierba de verano zumbadora y apestosa. Para la fiebre de las madres y de los niños. A Lulú, demonio que conserva una afición a los oratorios de tiempos de Les Amies y de su educación incompleta. ¡Para los hombres! A la señora ***.

Al adolescente que fui. Al santo anciano, ermita o misión.

Al espíritu de los pobres. Y a un muy alto clero.

También a todo culto en cualquier lugar de culto memorial y entre acontecimientos tales que haga falta rendirse, siguiendo las aspiraciones del momento o bien nuestro propio vicio serio.

Esta noche a Circeto de los altos espejos, grasienta como el pescado, e ilustrada como los diez meses de la noche roja, (su corazón ámbar y spunk), para mi única plegaria muda como las regiones de la noche y precedente de intrepideces más violentas que este caos polar. A toda costa y con todas las músicas, incluso en los viajes metafísicos. Pero ya no de entonces.

Democracia

«La bandera avanza hacia el paisaje inmundo, y nuestra jerga ahoga el tambor. »En los centros alimentaremos la más cínica prostitución. Degollaremos las revueltas lógicas. »¡En los países especiados y empapados! al servicio de las más monstruosas explotaciones industriales o militares. »Adiós, aquí, qué más da dónde. Reclutas de la buena voluntad, seremos de filosofía feroz; ignorantes para la ciencia, taimados para la comodidad; que reviente el mundo que sigue. Es la auténtica marcha. ¡Adelante, mar!»

Genio

Él es el afecto y el presente puesto que abrió la casa al invierno espumoso y al rumor del verano, él que purificó las bebidas y los alimentos, él que es el encanto de los lugares huidizos y la delicia sobrehumana de las estaciones. Él es el afecto y el porvenir, la fuerza y el amor que nosotros, erguidos en las rabias y en los aburrimientos, vemos pasar por el cielo de tempestad y las banderas del éxtasis. Él es al amor, medida perfecta y reinventada, razón maravillosa e imprevista, y la eternidad; máquina amada por las disposiciones fatales. Todos hemos sentido el espanto por su concesión y por la nuestra: oh gozo de nuestra salud, impulso de nuestras facultades, afecto egoísta y pasión por él, él que nos ama por toda su vida infinita… Nosotros nos lo invocamos y él viaja…Y si la Adoración se va, dice, su promesa dice: «Atrás las supersticiones, los antiguos cuerpos, las parejas y las edades. ¡Es esta época la que ha zozobrado!» No se irá, no volverá a bajar de ningún cuelo, no logrará la redención de las cóleras de mujeres ni de las alegrías de los hombres ni de todo este pecado: porque está hecho, con ser él, y ser amado.

Oh sus inspiraciones, sus enfados, sus carreras; la terrible celeridad de la perfección de las formas y de la acción.

¡Oh fecundidad del espíritu e inmensidad del universo! ¡Su cuerpo! ¡El desprendimiento soñado, la ruptura de la gracia cruzada con la violencia nueva! ¡Su visión, su visión! ¡Todos los arrodillamientos antiguos y las penas rehabilitadas en su pos! ¡Su día! La abolición de todo sufrimiento sonoro y móvil en la música más intensa. ¡Su paso! Las migraciones más enormes que las antiguas invasiones.

¡Oh él y nosotros! El orgullo más acogedor que las caridades perdidas.

¡Oh el mundo! ¡Y el canto claro de las desgracias nuevas! A todos nos es conocido y a todos nos ha amado. Sepamos, en esta noche de invierno, de cabo a cabo, desde el polo tumultuoso hasta el castillo, desde la muchedumbre hasta la playa, de miradas en miradas, con las fuerzas y los sentimientos cansados, darle una voz y verlo, y despedirlo, y en las mareas y en lo alto de los desiertos de nieve, seguir sus visiones, sus alientos, su cuerpo y su día.

ÍNDICE

“ Debería tener mi infierno por la cólera, mi infierno por el orgullo, y el infierno de la caricia; un concierto de infiernos. Me muero de cansancio. Es la tumba, voy hacia los gusanos, ¡horror de los horrores! ...

Colección
Lima Lee

